

Legado de cenizas: la historia de la CIA

¿Es la CIA un baluarte de la libertad contra peligrosos enemigos, o bien se trata de una conspiración maquiavélica para extender el imperialismo americano? Según este profundo estudio, un poco de todo; pero, concluye el autor, es principalmente un reducto de incompetencia y de errores que no sirve a nadie ni a nada. El ganador de un Pulitzer y corresponsal del *New York Times*, Weiner, reúne una gran cantidad de documentación y entrevistas con fuentes muy directas (como son los antiguos directivos de la CIA Richard Helms y Stansfield Turner) y presenta la saga de la agencia como un ejercicio de intentar cambiar el mundo sin molestarse en entenderlo. Hipnotizada por las acciones secretas y presionada por los presidentes, la CIA, afirma, malgastó sus recursos fomentando golpes, asesinatos e insurgencias, amañando elecciones extranjeras y sobornando a líderes políticos, mientras sus pocos aciertos inspiraron fiascos como el de bahía Cochinos o el escándalo Irán-Contra. Mientras tanto, sostiene Weiner, su misión propia de reunir información precisa se debilitaba. Con unas operaciones fácilmente accesibles a espías enemigos, la CIA permanecía ciega a los acontecimientos de países adversarios como Rusia, Cuba e Irak y se equivocó totalmente en los acontecimientos cruciales que ocurrían bajo su ámbito, desde la revolución iraní y la caída del comunismo a la ausencia de armas de destrucción masiva en Irak. Muchas de las desventuras que explica Weiner, a veces de manera esquemática, resultan familiares, pero su exhaustivo estudio saca a la luz los problemas que persisten en la agencia. El resultado es una acusación creíble y condenatoria de la política de inteligencia americana. (7 de agosto)

Actualmente la CIA, para sus enemigos, es un objetivo importante y a la vez asequible. Con George “Slam Dunk” Tenet, fracasó (junto al FBI) al no saber evitar el 11-S y, posteriormente, como todos sabemos, se equivocó al creer que Saddam Hussein tenía armas de destrucción masiva en Irak. Las memorias de Tenet, en las que explicaba estos errores y por las que obtuvo 4 millones de dólares, aún le hizo pasar más penalidades, quizá solo apaciguadas por el monto que se llevó.

La moral se desplomó con su sucesor, Porter Goss, que trajo consigo un grupo de esbirros impopulares, desde Capitol Hill a Langley. Los espías se amotinaron y Goss tuvo que sacar el látigo. Ahora la agencia está presidida por Michael Hayden, el mismo general de las Fuerzas Armadas que, por hacer algo, creó para el presidente Bush un injustificado programa de escuchas telefónicas para espiar a los propios americanos (en contra de la Constitución). Dada la accidentada historia de la CIA, es un pequeño milagro que en el *Legado de cenizas* Tim Weiner consiga ser tan cáustico y corrosivo con la asediada agencia.

Pero a Weiner, un experimentado corresponsal del *New York Times*, no se le puede acusar de hacer leña del árbol caído. Su tesis, muy documentada, es que la CIA nunca ha estado en buena forma. Describe un retrato desolador de la agencia, dirigida, durante los años de la Guerra Fría, sus años de gloria, por incompetentes de la Ivy League, falsos sabelotodos que mentían a sus presidentes. Una agencia que, bastante a menudo, fracasó en la previsión de los acontecimientos mundiales más importantes, espío a los americanos, urdió asesinatos de líderes extranjeros y puso tanta energía y recursos en operaciones secretas fallidas que erró en su misión principal: la de recoger y analizar información.

Comparar algunas de las payasadas que se revelan en el libro con los Keystone Cops es traicionar la memoria de Mack Sennett, creador de comedias mudas en las que aparecían unos policías desastrosos. Mi pasaje favorito es un episodio en Guatemala en 1994, cuando un espía destinado de la CIA se enfrentó a la embajadora americana, Marilyn McAfee, con la información, tal como ella lo recuerda, de que “mantenía una aventura con mi secretaria, Carol Murphy”. Los amigos de la CIA en el ejército guatemalteco habían pinchado el teléfono del dormitorio de McAfee, nos cuenta Weiner, y la grabaron “susurrando palabras cariñosas a Murphy. Extendieron el rumor de que la embajadora era lesbiana”. La “Memoria Murphy” de la CIA tuvo una amplia repercusión en Washington. Sólo había un problema: la embajadora estaba casada, no era lesbiana y no estaba durmiendo con su secretaria. “*Murphy* era el nombre de su caniche negro de dos años. El pinchazo había grabado cómo acariciaba a su perro”.

Cuarenta años antes, la CIA había derrocado al gobierno legítimo de Guatemala, una de las acciones secretas vendida como uno de los grandes éxitos de la agencia. Incluso se la llamó “Operación Éxito”. Para la CIA, Guatemala estaba segura con la United Fruit, que convirtió a Guatemala en una república bananera, pero no con la democracia. Al golpe apoyado por la CIA le sugirieron una serie de dictadores militares, con sus escuadrones de la muerte y su represión, en la que quizás murieron unos 200.000 guatemaltecos.

El estudio de Weiner se basa en la enorme investigación de miles de documentos que se han desclasificado o descubierto de alguna otra manera, al igual que en historias contadas y entrevistas. Y una de las revelaciones más sorprendentes en *Legado de cenizas* es lo cerca que estuvieron los llamados “triumfos” de la agencia de convertirse en auténticos desastres. Como explica Weiner, tanto la operación guatemalteca como el derrocamiento del gobierno en Irán (“Operación Ajax”) en 1953 se tambalearon y estuvieron al borde de la catástrofe. Las operaciones estaban dirigidas por unos tipos sin dotes de mando que parecían enarbolar la bandera pirata mientras vestían de payasos.

Sin olvidar, por supuesto, “el éxito” de Irán, con la restitución del Shah y de su conocida policía secreta, la SAVAK, un movimiento relacionado con el petróleo, derrocando a Mohammed Mossadeq, que lo había nacionalizado. El golpe, dirigido por Kim Roosevelt, de la CIA, el nieto de Teddy, continuó en 1979 con los gobiernos de los ayatollahs, podría decirse que una consecuencia directa del resentimiento islámico contra la intervención de la agencia en ese país. Hoy, Irán, con unas armas nucleares que no presagian nada bueno y su desafío a Occidente, se presenta como un reto a la política exterior de la administración de Bush, y a la paz mundial, mucho más de lo que llegó a serlo Irak. Muchas gracias, Langley.

Weiner rastrea con cuidado la historia de la agencia desde sus inicios, cuando Harry Truman, al percatarse de que había disuelto demasiado rápido la Oficina de Servicios Estratégicos (OSS) en tiempos de guerra, engatusó a Sidney Souers, un hombre de negocios de St. Louis que había dirigido los supermercados Piggly Wiggly, como primer jefe de la inteligencia central. En una ceremonia en la Casa Blanca, Truman presentó a Souers y al Almirante William Leahy, el jefe de personal de la Casa Blanca, “con capas negras, sombreros negros y puñales de madera”. Weiner explica una serie de operaciones chapuza dirigidas por Tracy Barnes, Desmond FitzGerald y Richard Bissell, que se contaban entre los principales agentes de la CIA en sus primeros años.

Pero se reserva su desprecio más profundo para Frank Wisner, el primer agente secreto de la agencia, que envió a docenas de compañeros a morir a Ucrania y Albania y malgastó millones de contra un ejército fantasma en Polonia que fue inventado por la contrainteligencia soviética y polaca para confundir a los espías americanos.

Tal como dice Weiner, la arrogancia de los Ivy Leaguers de la CIA solo era igualada por su incompetencia. Desde el principio, la CIA escondió sus fracasos tras una pegatina de *Top Secret* y no supo penetrar ni en la Unión Soviética ni en otros enemigos. En un año, comenta, la agencia se las apañó para perderse la bomba atómica soviética, la guerra de Corea y la entrada de China en el conflicto.

Weiner tampoco siente admiración precisamente por Allen Dulles, que presidió la agencia en sus días de gloria pero tuvo que abandonarla tras el desastre de la invasión de bahía Cochinos. Describe a Dulles como una especie de Papá Noel listillo, ya muy mayor en 1961, arrastrando sus pantuflas. Pero el informe de la Oficina de Servicios Estratégicos (OSS) de Dulles sobre cómo penetrar en la cúpula nazi desde Suiza había sido impresionante. Y según mis observaciones personales y conversaciones con Dulles a principios de la década de 1960 no se trataba de un viejo chocho con pantuflas sino de un espía profesional muy astuto.

Aunque gran parte del trabajo de Weiner es sobresaliente, lamentablemente se da pábulo a la leyenda de que el director de la CIA Richard Helms se mantuvo firme contra el encubrimiento del Watergate de Richard Nixon. No fue así. En una extraña nota, Weiner dice que Helms “obedeció la orden del presidente de continuar con el encubrimiento durante dieciséis días como máximo”. El autor, que cita ampliamente docenas de documentos de la CIA, curiosamente no menciona la memoria condenatoria que Helms escribió a su seguidor, Vernon Walters, el 28 de junio de 1972, sobre la investigación del FBI sobre el robo: “Todavía nos adherimos a la solicitud de que se limiten a las personalidades que ya han arrestado o que están bajo sospecha y que desistan en extender esta investigación a otras áreas que puedan ir en contra de nuestras operaciones”. Era una mentira sin más, exactamente lo que la Casa Blanca quería que Helms dijera al FBI.

Si existe algún fallo en *Legado de cenizas* es que el desprecio de Weiner por los tipos que dominaban el cotarro es tan implacable y persuasivo que le resta méritos al argumento general. No da tregua, no se plantea que los líderes de la agencia pudieran haber actuado por patriotismo o que la CIA quizás hizo algo bien.

De todos modos, el libro *Legado de cenizas* es un buen trabajo de periodismo e historia, y vale la pena leerlo si se está interesado en la CIA o en las operaciones de la Inteligencia americana desde la Segunda Guerra mundial. Weiner cita la profecía de Dean Acheson sobre la CIA y consigue un buen efecto: “La organización me causaba verdadera animadversión... y avisé al Presidente de que, tal y como estaba planteada, ni el Consejo de Seguridad Nacional ni nadie podrían saber qué estaba haciendo o cómo controlarla”.

Kirkuk Review of Books

La CIA empezó con mal pie en 1947 y jamás logró recuperarse, sostiene el periodista ganador de un Pulitzer, Weiner (*Blank Check*, 1990, entre otras obras). Los presidentes Truman y Eisenhower creyeron que la información podría evitar otro Pearl Harbor, si se descubrían las intenciones soviéticas, pero la CIA nunca predijo un movimiento soviético o terrorista importante, asegura el autor. La agencia dedica la mayoría de su presupuesto a operaciones secretas, la mayoría de ellas fallidas. Gracias a la avalancha de documentos desclasificados desde 2000, Weiner ofrece una sombría letanía de operaciones fallidas que la agencia intentó esconder lo mejor que pudo. Miles de potenciales insurgentes o saboteadores enviados a Rusia y sus satélites, Corea del Norte, China y Vietnam, fueron rápidamente neutralizados. Los torpes intentos de derrocar gobiernos hostiles (o neutrales) solían fracasar. Dos éxitos elogiados en su momento a bombo y platillo, el golpe en Irán de 1953 que subió al Shah al trono y el derrocamiento de un gobierno de izquierdas guatemalteco en 1954, hoy en día se consideran errores. Fue imposible eliminar las noticias de la invasión de bahía Cochinos en Cuba en 1961; sin embargo, este desastre no consiguió acabar con las operaciones secretas, ya que los presidentes las aplaudían. El lector se estremecerá al enterarse de la implicación de la CIA en planes para eliminar a Fidel Castro, el golpe de 1973 en Chile y el espionaje sistemático sobre los grupos de protesta americanos. El colapso soviético, imprevisto por la CIA, fue un golpe del que la agencia todavía no se ha recuperado, afirma el autor. El ejército ha adquirido mucha responsabilidad para las acciones secretas, con iguales resultados. Aunque muy crítico con la CIA, Weiner hace dos puntos atenuantes importantes. Primero, las democracias no están obligadas a combatir el fuego con el fuego: el dinero de la CIA ganó más corazones que la brutalidad de la KGB, y la debacle de la KGB contribuyó muchísimo al declive de la URSS. Segundo, muchos presidentes exigían información manipulada. Los jefes, o bien no hacían caso, o se enfrentaban a los gabinetes presidenciales y exigían furiosamente volver a redactar informes veraces, como los del Vietcong, que hablaban de casi una derrota, o los que afirmaban que la capacidad misil soviética estaba sobrevalorada, o los que concluían que las pruebas sobre las armas de destrucción masiva en Irak no eran contundentes.